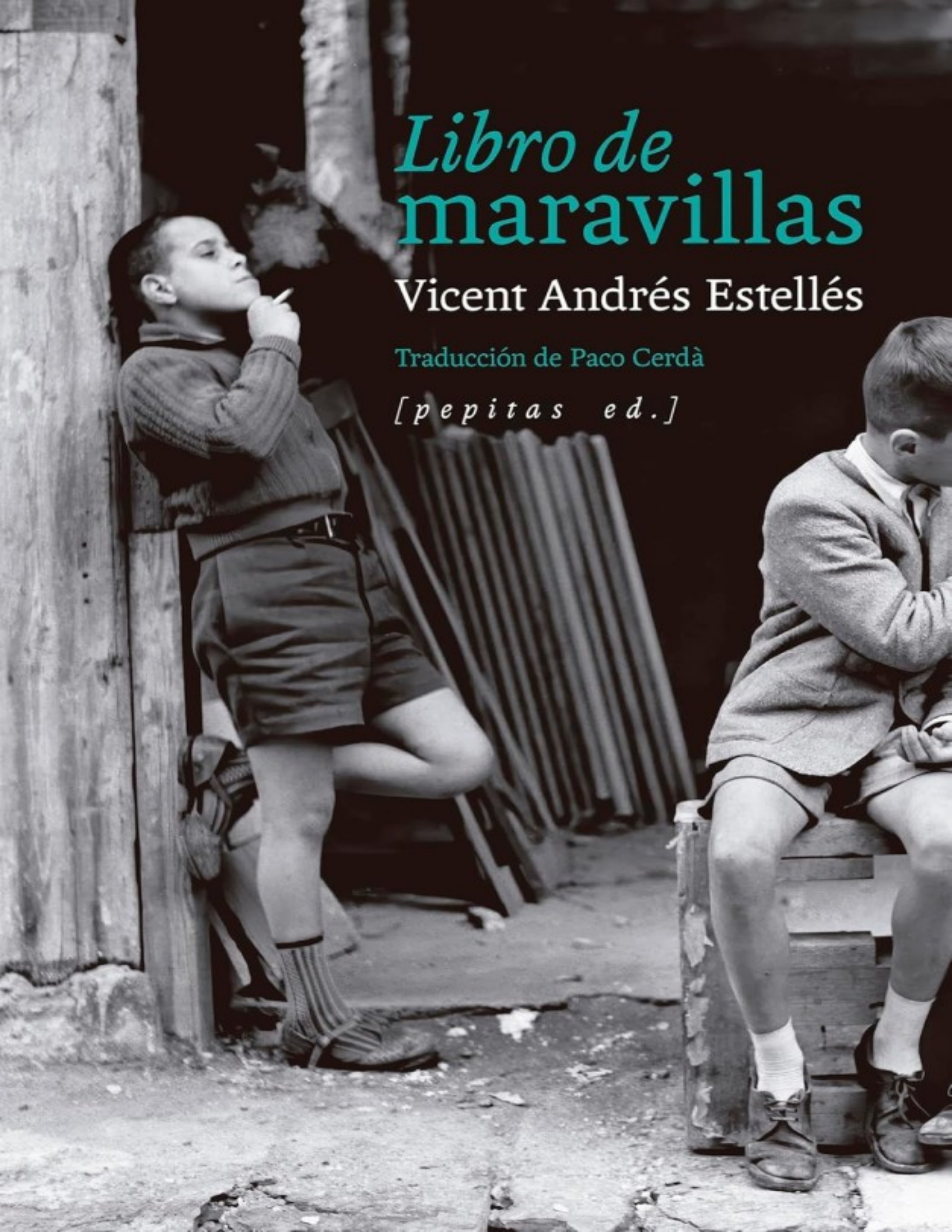




Libro de maravillas

Vicent Andrés Estellés

Traducción de Paco Cerdà

[pepitas ed.]

LIBRO DE MARAVILLAS

Vicent Andrés Estellés

LIBRO DE MARAVILLAS

Traducción de Paco Cerdà

Título original: Llibre de meravelles

Pepitas de calabaza s. l.

Apartado de correos n.º 40

26080 Logroño (La Rioja, Spain)

pepitas@pepitas.net

www.pepitas.net

Coedición con Los Aciertos

© Herederos de Vicent Andrés Estellés

© De la traducción y el prólogo: Paco Cerdà

© De la presente edición, Pepitas ed.

ISBN: 978-84-10476-69-1

Producción del ePub: booqlab

Primera edición, marzo de 2026

PRÓLOGO

La voz de la memoria

Paco Cerdà

I

LOS LIBROS DE ESTELLÉS, forrados en grana y verde, me los regaló mi abuelo. Estaban forrados para que nadie viera en el tranvía lo que estaba leyendo. Para que nadie supiera que el hijo pequeño de Arroyo el electricista —el hijo de aquel concejal republicano fusilado en el paredón de Paterna en el año 43; el hijo que cada mayo iba al cementerio para recordar la memoria de su padre y ponerle laurel a la cruz de mármol cuando el día apenas había clareado— leía al poeta del pueblo.

Vicent Andrés Estellés, hijo del panadero de Burjassot, nieto mayor de Nadalet, nació en el 24.

Pepe, hijo de Paco el electricista, nieto del trinqueter de Burjassot, nació unas calles más allá en el 25.

Pepe es mi abuelo. Acaba de morir a los cien años. Por él llegué a Estellés. Casi todos sus libros están forrados con un papel que impide ver las portadas. Son libros mudos. Una biblioteca enigmática. Otra venganza de la dictadura, con su miedo inoculado tan adentro y los subterfugios que siempre halla la sed de libertad.

Con esos forros en grana y verde llegué a Estellés.

No hubo una voz como la suya bajo el franquismo. Primero, porque la fusilaban. Después, porque la censuraban. Más adelante, porque no la publicaban. Y aun así, el poeta sin voz escribía en aquel país mudo. Escribía

de noche al volver del periódico en el que se ganaba la vida. Escribía un verso, otro, cinco mil páginas de versos. Él escribía, despierto por todos. No te han parido para dormir: te parieron para velar en la larga noche de tu pueblo, escribía. En esa larga noche lo envolvía un silencio. Un manto de silencio que apestaba a mordaza y a represión; a ecos de paredón. Pero el poeta agujereó aquel silencio con su vieja Underwood. Este *Libro de maravillas* es la tinta indeleble de las letras que lo perforaron.

II

DECÍA DE él Josep Pla que era un prosista prodigioso que escribía en verso. Decía de él Joan Fuster que su poesía podría haber sido novela: la novela de Balzac. También se lo podría calificar como cronista lírico. Más aún: Vicent Andrés Estellés merece un lugar de honor en la no ficción española de posguerra. Porque eso es su *Libro de maravillas*: un excelente reportaje de aquel tiempo de bocas cerradas por el hambre y la censura. Este tríptico es la mejor crónica documental —la más triste, emocionante y humana— que ningún periodista haya escrito sobre la posguerra española.

Por eso me resulta inexplicable que el lector en castellano no haya tenido acceso, hasta ahora, a esta joya literaria de nuestra memoria. Un viaje al hambre y el estraperlo, a los cuerpos ultrajados, al silencio impuesto y el deseo reprimido, a los cañones de fusil que cavan buscando la aurora en las tapias de los cementerios. Pero también es un viaje al baile moroso bajo la luna, al paseo lento de los amantes entre la hojarasca de los álamos, al lejano son de un acordeón, al sexo furtivo en una pared exhausta de ardiente fricción, a la fritanga de los bares y los neones en los comercios, al pan salido del horno y al vino con cebolla cruda y un mendrugo de pan. Es un viaje que huele a cárcel resignada y a tranvía ocre, a húmeda entrepierna y a pasadizos meados, a carros y a grillos, a noches de cine pobre y besos furtivos mientras la hija mayor borda las iniciales conyugales en la almohada. Y sin embargo, también este libro huele a cadáveres, a trenes

cargados de muertos con los huesos podridos, a moscas royendo carne humana en las cunetas. Ese es el realismo crudo —mitad existencialismo francés, mitad neorrealismo italiano, por entero comprometido con lo infraordinario— que despliega en esta obra Vicent Andrés Estellés, el poeta de la memoria. El enviado especial a un tiempo y un país de penuria y luto perenne: la posguerra.

Era bella la vida. Era triste, también. Ese verso resume el espíritu de este poemario escrito en gran medida entre 1958 y 1959 y no sacado del cajón ni publicado hasta 1971. Era bella y triste la vida, para Estellés. Era triste porque latía en ella la decepción amarga que siguió a la guerra. El tiempo de las églogas dejó paso a la melancolía; a la nostalgia de aquello que pudo ser y no fue: una juventud en libertad, una vida sin miedo, una lengua y una cultura vivas. Ese es el retablo de posguerra que despliegan estas páginas: el crudo paisaje posterior a la batalla. La mirada, desde un presente desolado, a aquellas maravillas que el recuerdo idealiza: unas piernas largas, un lento atardecer, una mano en otra mano, aquellos días en los que había esperanza; en los que era posible el puro placer de vivir.

Nunca he leído una poesía que me emocione tanto como esta. Que me duela. Que me inspire. Que me alegre. Que azuce en mí las ganas de vivir. Solo eso y tanto como eso: vivir.

Esta gavilla de versos ha sido un generador de emoción y de convicciones para cientos de miles de lectores en catalán durante el último medio siglo. Con este *Libro de maravillas*, su obra más conocida y celebrada, Vicent Andrés Estellés subvirtió la folklorización del valenciano a la que había sometido el franquismo a nuestra lengua propia y devolvió su poesía a las cimas literarias que había alcanzado en los tiempos medievales de Ausiàs March. Eso es lo que consiguió Estellés con una superdotada capacidad de observación, digna de un gran periodista, y con una extraordinaria sensibilidad para evocar y anhelar, propia de un gran poeta.

Mitad periodista y mitad poeta.

Mitad melancolía y mitad esperanza.

Mitad yo y mitad nosotros.

Mitad ayer y mitad mañana.

Mitad tristeza y mitad alegría.

Así laten los versos de este poemario. Sístole y diástole, como nuestro infortunado siglo xx. Y de fondo, o tal vez en primer término, emerge el escenario sentimental de València, con las carcassas estallando en el cielo de su feria mientras las tinieblas acechan, espesas, cada rincón de su cuerpo sentenciado a muerte, de su cuerpo mortal.

Nuestro tiempo de silencio. Si te dicen que caí.

Nunca he leído un libro que me cuente mejor València.

III

LOS LIBROS de Vicent Andrés Estellés ya no se leen forrados. Se ha convertido en nuestro poeta más leído. El poeta en valenciano más conocido. El más musicado. Uno de los grandes poetas de la literatura catalana del siglo xx. Tanto es así que el hijo del panadero de Burjassot es un icono cultural y político del valencianismo. Por eso ha cuajado la Festa Estellés: una alegre reivindicación anual de la cultura, de la lengua y del país que cada septiembre recuerda a su poeta más popular en un centenar de encuentros con comida, vino y versos. Los versos alegres y vitalistas de algo tan cotidiano como preparar un pimiento asado o del sexo más primario. Los versos enamorados del No hi havia a València dos amants com nosaltres. Los versos de la memoria herida que afirma, con rabia, una esperanza para el mañana. Los versos patrióticos de aquel *Mural del País Valencià* que pintó, a máquina, la Capilla Sixtina valenciana: un colosal fresco con un millar de poemas dedicados a los ríos, las montañas, las flores, los pueblos, los poetas, los prohombres y, también, a los delatores, a los verdugos y a los Hijos de la Gran Puta de su país, nuestra tierra. Los versos íntimos dedicados a su hijita muerta a los tres meses, esa ventana desconsolada al vacío escrita excepcionalmente en castellano y titulada *Primera Soledad*. Los versos oscuros y magistrales del *Coral romput* que la voz grave y pura de Ovidi Montllor elevó a la inmortalidad. Los versos

libertarios y rebeldes de la rosa de paper. Los versos conversacionales de *l'Hotel París*. Los versos espirituales de un dios entre las cosas y una muerte siempre pequeña que es demasiado bella para ir al cementerio. Todo ello suena cuando la gente se reúne en la Festa Estellés y lee en público sus versos y dice que Allò que val és la consciència de no ser res si no s'és poble, y que Hi haurà un dia que no podrem més i llavors ho podrem tot, y que Un entre tants com no aguardeu i lluiten, y que Seràs la clau que obri tots els panys, y que No podran res davant un poble unit, alegre i combatiu, y que Enyore un temps que no és vingut encara, y que Després del teu silenci estricte, camines decididament. Todo eso suena hoy, ya sin forros granas y verdes, aún con melancolía, con más ganas de libertad. Pero, sobre todo, se leen los versos del *Llibre de meravelles*, un poemario con más de treinta reimpressiones en medio siglo. Ahora, por fin, llega al castellano en una traducción que no renuncia ni a la forma ni al contenido del texto original. Que intenta conjugar, de una manera obsesiva, el respeto al ritmo, a la música y al sentido. Que pide permiso para adentrarse en un universo tan amado. Que pide perdón por solaparse con esa delicada voz, la de Vicent Andrés Estellés, donde habita nuestra memoria.

Enyor lo temps que no pot ser cobrat.

AUSIÀS MARCH

«No sabem amb exactitud per què [Ramon Llull] l'anomenà Llibre de meravelles... Així es comprén millor per què el Llibre de meravelles és una novel·la episòdica: en el seu origen fóra com una guia espiritual...

MIQUEL BATLLORI, S. I.

Passe, penant, un riu de mort lo dia.

AUSIÀS MARCH

Amor, te'n recordes? Era temps de guerra. llegia i llegia los públics papers...

TEODOR LLORENTE

Vengut és temps que serà conegut l'hom que son cor haurà fort o covard.

AUSIÀS MARCH

TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA FLOR NATURAL

Uno entre mil que aguardan y callan.

Uno entre mil.

Uno entre mil que aguardan, trabajan.

Uno entre mil.

Uno entre mil que aguardan, bostezan.

Uno entre mil.

Uno entre mil.

Uno entre mil que aguardan, suspiran.

Uno entre mil.

Uno entre mil que aguardan, se ahogan.

Uno entre mil.

Uno entre mil que aguardan y ruegan.

Uno entre mil.

Uno entre mil.

Uno entre mil que aguardan, barajan.

Uno entre mil.

Uno entre mil que aguardan y cortan.

Uno entre mil.

Uno entre mil que aguardan y callan.

Uno entre mil.

Uno entre mil.

Mi trabajo es la alegría,
sea de noche o de día.

Mi trabajo es el dolor.

Se enrama la melancolía:
la parra trepando el amor.

Un amor ciego y fundador,
árbol del salmo y la energía,

hombre recto y trabajador.

Un viento las hojas movía.

Mi trabajo es la alegría,
mi trabajo es el dolor,

sea de noche o de día.

Sangre derramada, un fulgor
roto, fina capa de elegía.

Si la profecía se cumplía
o no se cumplía, solo amor,

un ciego amor trabajador,
sea de noche o de día,

el amor, un odio fundador.

Uno entre mil que no aguardan y luchan.
Uno entre mil que perforan la noche.
Uno entre mil que no duermen y velan.

Uno entre mil.

Si el amor reventaba las venas,
si el amor, o el pavor, o las penas,
ya ni lirios ni nardos ni azucenas.

Uno entre mil.

Uno entre mil quebrando las voces.
Uno entre mil entre furias y horrores.
Uno entre mil de entre mil amores.

Uno entre mil.

Si el amor era grácil como un ala,
si la vida era buena, era mala,
si el suspiro, el soneto, la bala.

Uno entre mil.

Uno entre mil que se mueren de amor.
Uno entre mil que perforan la noche.
Uno entre mil que cargan los muertos.

Uno entre mil.

Uno entre mil perdido en la Tierra.
El hombre ya está cercando la Luna
y en blanco y negro la tele lo muestra.
Un astronauta leía la Biblia.
Sobre la mesa reposan las migas
de otra agradable cena en familia.

Uno entre mil perdido en la Tierra.
Este es mi sitio, donde los míos
trabajan, luchan, aguardan, imprecan,
hacen hijos, ovillan, desovillan.
No hay nada claro y tampoco oscuro;
todo se mezcla, deshace y rehace.

Queda la Luna, enigma. ¿Enigma?
¿Y el corazón? Sabéis que hay trasplantados.
El viejo amor, insondable, temible,
y al cabo los versículos solemnes,
fragmentos que nadie sabe descifrar
de una manera, digamos, plausible.

Hay muertos que viven y saludan,
tienen siempre una frase oportuna
y llevan una vida discreta
sin para nada llamar la atención.
Muertos que nadie creería muertos
y que el domingo van a misa mayor.

Aquí nací y aquí vivo.
Y al pasarme lo que me pasa,
aquí lo canto, aquí lo digo.

Aquí nací, aquí vivo.
Aquí trabajo y aquí beso.
Aquí sufro y aquí río.

Aquí defiando unos cultivos,
diez verdades y cuatro mitos.

Aquí nací, aquí vivo,
pobre en bienes y rico en días,
pobre en versos, de afanes rico.

Canto el amor y las parejas
que ya se besan, se han ido.
Canto un amor prohibido.

Canto el amor y lo que ha unido.

No sé si esto es un himno.

Digo lo que es y ha sido,
vuelve un día, otro se ha ido,

la esperanza de un bandido.

Como un baile de inefables giros.
Como un baile que ahoga los tiros.
Como un baile, nácar y suspiros.

Como un baile.

Como un baile de desnudez discreta.
Como un baile de bella rosa muerta.
Como un baile con la cintura lenta.

Como un baile.

Como un baile, la decencia cubierta.
Como un baile en la tierra desierta.
Como un baile, ningún muerto despierta.

Como un baile.

Como un baile, pura brisa o aliento.
Como un baile al compás del sufrimiento.
Como un baile o minué funesto.

Como un baile.

VEO hambre y precariedad,
veo sermones y maldad
y las notas de sociedad.

Que siga plácido el baile.
Que el gallo, en la aurora, cante.
Que no nos falte detalle.

Felices los pretendientes,
besándose entre los dientes,
y crece el vientre de tres meses.

Pero ahora bailen con vino,
pues hay remedio en camino:
nacerá sietemesino.

Veo, ante todo, integridad.
Veo también la caridad
y las notas de sociedad.

Uno entre mil,
entre esforzado
trabajo vil.

Uno entre mil.

Uno entre mil,
con la flor del
amor sutil.

Uno entre mil.

Uno entre mil,
airado y pueril,
siempre febril.

Uno entre mil.

Uno entre mil,
y encendido el
pecho viril.

Uno entre mil.

Uno entre mil
de oscura lucha
y fe quijotil.

Uno entre mil.

Uno entre mil
que lucha, muere,

¡amantes mil!

La sangre espesa en un charco.
El calendario en su marco.
Y un ardid o fraude parco.

Ya mañana será partera
y entonces verá la manera
de taparlo puertas afuera.

El amor es una bardana:
sube por las piernas, pasa,
llena el vientre como una casa.

Durante la dilatación,
crece en el vaso de un rincón
una rosa de Jericó.

Pido a san Ramón Nonato
que al salir sea tan grato
como al entrar fue aquel rato.

CRECEN los hijos, el futuro patrio.
Carne de cañón, el peaje patrio.
Bella es la vida.

Bailan los hijos la vieja tarara
que una sencilla bucólica amara.
Bella es la vida.

Crecen los hijos, te sueltan la mano.
Los huevos duros se comen salados.
Bella es la vida.

Ellos lucharán por la patria y la paz.
Manchadas de sangre las manos traerán.
Bella es la vida.

Añorarán el ayer de la patria.
El mañana fundarán de la patria.
Bella es la vida.

Tendrán amigos y también amores.
Ganarán su jornal con dignidad.
Bella es la vida.

Padecerán la soledad en vida
como la noche que precede al día.
Bella es la vida.

Derramarán unas lágrimas vanas.
Y en absoluto entenderán la vida.
Bella es la vida.

Crecen los hijos, el amor, la vida.
No hay de qué preocuparse, de qué sufrir.
Bella es la vida.

Cantan los hijos la vieja tarara.
Cáscame el huevo, en mi frente lo cascás.
Bella es la vida.

I

NO ESCRIBO ÉGLOGAS

*Irats e gauzens me'n partray
s'ieu ja la vey, l'amor de Ionh.*

JOFRE RUDEL

No había piernas como las tuyas en València.
Las recuerdo con ternura, con lágrimas en los ojos,
una telaraña de agua enmarañando la mirada.
¿Dónde estás tú? ¿Y tus adorables piernas?
Recorro la Alameda, aquellos sitios familiares.
Cruzo las noches. Evoco los pretiles del río.
Un cadáver verdoso. Un cadáver fosfórico.
El espectro de Francisco de la Torre, tal vez.
No había piernas como las tuyas en València.
Escribiría largo sobre tus piernas.
Como si avanzaras por el agua, entre un agua invisible,
entre un agua prístina, venías por la calle.
La carne fresca y grácil como un cántaro de Serra.
Y yo te evoco firme sobre tus piernas.
Cargaban los hombres panzudos camiones.
Llegaban autocares de Gandia y Paterna.
Los bares escupían voces y fritanga.
Tú venías solemne sobre tus piernas.
¡Oh la solemnidad de tu carne tersa,
de tu cuerpo adorable sobre tus largas piernas!
Calle abajo venías entre solares y gritos.
Los niños jugaban al salir de la escuela.
La mujer recogía la colada arriba.

El hombre reparaba lentamente un reloj.
Un amigo le contaba sus años de prisión
por cosas de la guerra, y tú venías solemne,
más majestuosa que el atardecer,
con una dignidad que solo tú dabas al atardecer,
con todo el esplendor, amado, del atardecer.
No había piernas como las tuyas en València,
con la viva alegría de la virginidad.
Siempre venías, nunca llegabas del todo,
y yo te quería así, yo lo quería así:
nací para esperarte, para ver cómo venías.
Inútilmente recorro atardeceres, noches.
Hay hombres que cargan despacio los camiones.
Están los bares, la fritanga, lentas parejas de amantes.
Yo recuerdo dos piernas, tus piernas desnudas,
tus largas piernas llenas de dignidad invicta.
No había piernas como las tuyas en València.
Un cadáver verdoso, un cadáver fosfórico
ya toca las aldabas, ya pregunta por ti.
Se despierta Ausiàs March en el vaso del cordero.
Yo no sé nada de ti. Han pasado siglos, días.
Inútilmente recorro València. No escribo églogas.

LAS CAÑAS AL BORDE DE LA ACEQUIA

Renovelan los dans que.m faytz pessar.

ARNAU MARCH

He dejado las églogas. Mi propósito era
escribir muchas églogas, un libro entero de églogas,
y que ese fuera tu libro y dentro de él vivieras tú,
una vida secreta como la del agua entre el cañar.
Yo no he hecho la parodia, como ahora dicen, del género.
He creído que lo vivía y lo he querido revivir,
y revivirlo quisiera para poder aún vivir.
Siento la amarga añoranza del tiempo de las églogas
que los dos vivíamos y después yo escribía
como Dios me dio a entender. He dejado las églogas.
Solo escribo el recuerdo de aquel tiempo de églogas.
Ahora lo llaman parodia. ¿Solo eso, parodia?
¿Y la necesidad que yo sentía de escribirlas?
¿Y el hecho brutal de vivirlas? Inútilmente cojo
papel y bolígrafo. Inútilmente recuerdo
aquella madrugada y la triste máquina Royal:
con la ventana abierta a la Alameda
nacieron las tres églogas en una sola noche.
¿Fecundidad? Oh no. Yo entonces vivía.
Vivía plenamente como nunca había vivido.
Vivo adánicamente entre objetos maravillados
en una deliciosa y salvaje elementalidad:
los álamos, el silencio de los amantes, el atardecer,
un cuerpo, la carne pura, un amor, todo el amor.

La sorpresa, la gloria. Si preferís, la fiesta,
la fiesta de los sentidos bailándole al alma,
bailando sobre la hierba a la luz de la luna.
No hubo un amor así en el Reino de València.
Un amor así, como el nuestro: aquel furioso vivir.

MAÑANA SERÁ UNA CANCIÓN

Ab dol, ab gauig, ab mal, ab sanitat.

PERE MARCH

ANIMAL de recuerdos, triste y lento animal,
ya no vives, solo recuerdas. Ya no vives, solo recuerdas
haber vivido alguna vez en algún lugar.
Felicidad suprema, la hora de los versos.
No los versos astillados y presurosos que escribías,
sino los versos solemnes —¿solemnes?— del recuerdo.
Te permites recordar con paisaje al fondo:
las butacas del cine, el film proyectado
al que no hicisteis caso, por descontado;
y evocas la Alameda, las ranas del río,
las carcasas abriéndose al cielo de la Fira,
toda València en llamas la nit de la cremà
mientras los dos ardíais en una azotea al azar.
Animal de recuerdos, triste y lento animal,
hoy rememoras aquella carne suave y fresca
que recorrían tus manos, que navegaban tus besos,
la gloria de unas telas ingravidas,
los surcos de unas herrumbrosas tejas,
la hierba que entre las tejas surgía.
Animal de recuerdos, triste y lento animal.

UN AMOR, UNAS CALLES

*Sapchatz, gran talan nàuria
qu'ieu.s tengues en luoc del marit.*

BEATRIU DE DIA

«TODO regresa unido en una sola historia,
un amor, un destino: vive ya sin nombres,
apenas los nombres de unas calles, solo amor.
Calles queridas allende las torres de Quart,
pretiles del río, bancos de la Alameda,
aquellos frenéticos besos en el portal,
la lenta tristeza recorriendo tu cuerpo,
o una alegría invicta y efímera que
ahora regresa intacta... Todo regresa unido;
es ya una sola historia, un amor, un destino.
Calles de Sant Vicent, de la Mar, de la Pau,
aquellas noches del invierno y del estío.
Los amores hacen el amor. Las historias, la historia.
He aquí una vida. Las palabras terribles,
las palabras amables que ya nadie dice,
que no sé quién dijo y regresan, anónimas,
para darme un sentido. Todo lo recuerdo.
Aquellas manos ardientes, también crueles,
tiernas a veces; y los momentos de estupor,
o aquellos otros con el fulgor de un crimen,
y una sangre inocente entre dos largos muslos...
Tantos amores, el amor, la vida entera.
Yo no sé si está claro; para mí sí lo está.

Miro, desde el balcón, la calle solitaria.
Al caer la tarde acudirán las parejas.
Caminarán lentas, susurrándose inquietas.
Siempre vuelve la vida, si se va alguna vez.
No estoy muy segura, creo yo que no se va.
O creo que siempre vuelve. Me gusta, en casa,
detrás de los cristales, observar la calle».

La pobreza subía lenta la escalera.
Negramente jadeaba en cada rellano.
Evocaba otros días; la vaga memoria
de aquellos días en los que había esperanza,
y conformismo, y el puro placer de vivir.
Tentaba las paredes, lo hacía con tristeza,
una larga tristeza, larga como la noche,
y seguía subiendo la mísera escalera.
Tal vez un día llegaría hasta la azotea:
si Dios quiere, ese día será un día feliz.

«Así como los amores regresan y alumbran
el amor único —la vida—, se marchan de nuevo,
se nos escurren de las manos y nos dejan
con las manos quietas encima del delantal.
Ahora que ya habías puesto en la mesa
el vaso de agua clara en el plato de flores,
ahora que no querías ni hablar ni evocar:
apenas contemplar la vieja y alta imagen
en un silencio denso y lleno de recuerdos.
Aquello que un día fue vuelve de súbito,
llenándote de alegría el corazón,
llenándote de risas la escalera,
subiendo los peldaños de dos en dos.
Se marcha después, cuando ya no lo esperabas,

cuando tú, en la humilde cocina, preparabas
algo que alegrara el alma: dulces, agua clara...
El comedor vuelve a anegarse de penumbras.
Miras por la ventana las lentas parejas.
Esa noche no cenas, lloras en la cama,
tus ojos, abiertos, observan la negrura.
El espejo del armario, un largo ataúd
que se alza, solemne, a los pies de tu cama.
¡Fuiste tan feliz, tan feliz, aquel día,
paseando con tu mano en una mano!
No vuelven los recuerdos del momento brusco
que te dejaba la ropa o las piernas sucias.
Solo evocas eso: una mano en una mano.
Una palabra amable; no gentil, amable.
Un lento andar entre desconocidas calles
que ahora evocas por su nombre, por sus balcones».

LOS AMANTES

La carn vol carn.

AUSIÀS MARCH

«No había amantes en València como nosotros.

Nos amábamos como fieras el día entero.
Todo lo recuerdo mientras tú tiendes la ropa.
Han pasado años, muchos años; muchas cosas.
Pero a veces me arrebató aquel viento —el amor—
y nos revolcamos entre abrazos y besos.
No entendemos el amor como rutina amable,
como rutina mansa con puntillas galantes
(y que nos perdone el casto señor López-Picó).
Se despierta, de repente, como un viejo huracán
y a los dos nos tumba, nos junta, nos empuja.
Yo deseaba, a veces, un amor educado
y en marcha el tocadiscos, besándote indolente
ahora un hombro y más tarde el pezón de una oreja.
El nuestro es un amor brusco, animal, salvaje,
y sentimos la añoranza amarga de la tierra,
de rodar por el suelo entre arañazos y besos.
¿Qué queréis que le haga? Es elemental, lo sé.
Ignoramos a Petrarca, ignoramos tanto.
Las *Estances* de Riba y las *Rimas* de Bécquer.
Ya después, tirados en tierra de cualquier modo,
comprendemos que somos bárbaros y que está mal,
que ya no estamos en la edad, y esto y lo otro.

No había amantes en València como nosotros,
pues amantes como nosotros los hay bien pocos».

VIDA, SINO

Porc ple de vicis.

JAUME ROIG

TIEMPO de recuerdos: te evoco, te pienso, te invento.
Me encantaría escribir la guía de València.
Yo no señalaría en ella lugares ilustres,
monumentos fríos, piedras desnudas en cuerpo y alma,
los libros descuajados de Sant Miquel dels Reis
o la amable biblioteca latina del rey Magnànim,
sino aquellos lugares donde tanto nos amamos,
donde te abriste la blusa mostrándome los pechos,
donde te besó por primera vez un hombre,
y aquel hombre era yo, según me dijiste tú,
y tú y yo tan felices, visca València, visca!
Criatura lejana, criatura sabatina,
¿qué iba a ser de ti? Gershwin te cantó,
te cantó, el pobre, sin saberlo jamás.
Sus trompetas te anunciaban desde años atrás
y nunca tuvo el mundo mejor technicolor
que cuando apareciste sólida, bella y virgen
aquel mediodía alegre de tiendas, jardines, fuentes,
y los anuncios de lencería que convertían
yermos descampados en consulados del amor.
Alta, atrevida, esbelta: nos tendremos que encontrar
un día cualquiera. Tal vez habrás parido
tres o cuatro hijos, más algún que otro aborto;
tal vez con tu marido, ceremoniosamente,

tomes en el parque el sol plausible del domingo.
Tal vez no nos diremos nada —¿qué podríamos decirnos?—
y yo entraré en casa, y dejaré que se enfríe
la comida en la mesa, y te escribiré un poema
carente de sentido —algo sin pies ni cabeza—,
pero allí evocaré tus gracias y aquellos días:
tu blusa abierta, abierta tu boca abierta
en un beso enorme, larguísimo, apresador;
el primer beso que un hombre, madre, te dio.
¡Oh la satisfacción instantánea del varón!
Todo es así de absurdo. Al fin todo es así.

II

TESTAMENTO MURAL

... de la mellor que mai vestís camisa.

JORDI DE SANT JORDI

Tu nombre y mi nombre escritos en la pared,
en aquella pared de corazones y firmas,
en aquella pared de voluntades últimas
mientras se agonizaba de amor o de pena;
en aquella pared de la oscura escalera,
entre palabras tiernas y otras obscenas,
palabras que cantaban un amor invencible,
palabras que hablaban de un recuerdo vivo,
palabras que evocaban noches de goce y pétalos,
y la pornografía delirante de unos dibujos
en un maridaje que me encanta imaginar.
En aquella pared sudada por amantes,
empapada de amor como un duro colchón.
Aquella pared exhausta de ardiente fricción.
Tu nombre y mi nombre ferozmente unidos
mientras se unían nuestras piernas, negra
escalera que evoco y que jamás desvelaré
aunque me torturen, aunque me degüellen.
Tu nombre y mi nombre en llamas, arañados
en el yeso sudado de aquella pared.
Tu nombre y mi nombre arañados con las uñas,
arañados en la sucia pared de la escalera,
con una voluntad de vivir, de pervivir,
con una dura y agonizante caligrafía

entre palabras obscenas y otras tiernas,
exclamaciones brutales de un sexo febril,
anotaciones ingenuas de cartilla escolar,
notas sobre la vida y sus sucesos,
y aquellas firmas primarias, tan de verdad.
Tu nombre y mi nombre, más que escritos, arañados.
Aquel amor, el amor; de uñas y dientes un amor.

ARDÍA EL CIELO COMO UNA VIÑA

E sens ergull lo bé que breument passa.

PERE MARCH

AQUEL paso a nivel del camino real
que amontonaba hierba y bloques de piedra.
Más allá Patraix y su alegre tranvía
que silbando surcaba los arrozales.
Restos de alquerías, mujeres que cosían
delante de casa, humedad en el polvo,
luego los carros de los gitanos, sus fuegos,
y por allí cerca un camino de moreras.
Eras como una alegre y viva flor de percal.
Me gustaba mirarte —¿recuerdas?— desde el margen.
Bailábamos lento, dando absurdos pasos
por encima del trigal recién segado.
Nos mirábamos los ojos y estaban llenos
de uva y de fiesta, las parras de la vida.
Nos mirábamos los ojos y estaban llenos
de aciagos presagios. Un silencio trémulo
que preludiaba el oscuro y atroz sacrificio,
llenando la noche el cielo. A casa en silencio.
Aún ardían las hogueras de los gitanos.
Se oían unas voces más o menos lejanas.
Tal vez un perro ladrara. La luz de las ventanas
de las primeras casas nos quemaba la cara.
Aquel paso a nivel del camino real.
Metía la cabeza bajo el agua de la fuente;

como un bruto me lavaba, respiraba entre el agua,
la cabeza empapada. Tú, distraída, cantabas.
Una brizna en tus labios, de pie erguida en tu esquina.

CRÓNICA ESPECIAL

Ço que en passat enbolt e confús era.

AUSIÀS MARCH

LA muerte de Manolete en el periódico
mientras te esperaba yo en Benimaclet.
O los ahorcamientos al raso en Núremberg
mientras te miraba en la calle de las Barcas.
Un amor en un tiempo. ¡Qué tiempo, qué amor!
Un amor para siempre insertado en la historia.
El claustro de clarisas que en el aire crecía.
El cine Tyrís lleno y el tufo de la gente.
Las parejas salían, rojas las mejillas.
Las madres no sabían qué hacer para cenar.
Los padres escuchaban la radio extranjera.
Y todos creían que serían cuatro días.
A lo sumo cuatro semanas, quién sabía.
Los hijos hacían el amor bajo la escalera.
El padre le hablaba a la madre en la cocina.
Envejecía la madre entre absurdas ollas,
plateaba el pelo que arañaba su frente.
Serían cuatro días, o cuatro semanas.
Y pasaban los días, las semanas, los años.
Y la Larga Marcha de Mao por la China.
Luego vino Corea y luego Vietnam.
El padre se murió, y se murió la madre.
La hija se casó con otro años después.
Alguna vez encuentra a aquel primer amante.

Serían cuatro días, o cuatro semanas.
Como si olvidaran la intimidad del hueco
de aquella escalera, conversan de sus hijos.
«El mío, al instituto». «La mía, el sarampión».
Han ganado una triste y sucia civilidad.
De pie en la calle, conversan cuando tropiezan.
Después, cada uno prosigue su camino.
¡Oh el amor insertado en la historia, qué cosa!

LA ESTAMPITA

*En aquell temps sentí d'Amor delit
quan mon pensar mirà lo temps present.*

AUSIÀS MARCH

TE casaste de luto, como de luto recibiste,
en el pueblo, la primera comunión. Luto siempre,
luto sobre tu cuerpo en los días solemnes.
Siempre de luto, las piernas largas adolescentes
que crecían deprisa y sin vitaminas,
aquellas piernas largas y sin apenas gracia,
aquellas piernas tristes, el estirón de la guerra
que te hizo mujer antes del primer sangrado.
Aquellas piernas que tú no sabías cómo
poner, que sin ti parecía que crecían.
Triste, triste València, qué amarga posguerra.
Nos llenaron la lengua de espadas, de arcángeles
duramente inmutables a la puerta del cine,
mientras reivindicaban prados de Garcilaso,
mármoles castos, velando siempre, velando,
velando siempre las armas y las letras,
cargamentos de azúcar que desaparecían
por la noche, si acaso lo vi no me acuerdo,
los siniestros camiones cargados de estraperlo.
El hombre palpaba un cuerpo adolescente
y ella se comía un pastel sin participar
de lo que en su cuerpo ocurría ferozmente.
Ver películas, también, o mejor soñar:

el Coli, el Metropol, el Tyris... «¡Echan dos!».
El Goya... ¡Qué ansia de ver películas!
Seguían el hilo con toda atención mientras
las manos iban palpando los sitios secretos.
¡Oh Sunión! La pantalla ofrecía un Sunión
de una sal exaltada, de vida y libertad,
de posibilidades luminosas de vivir.
«Nunca se había apuntado a ningún partido.
Él, de casa al trabajo y del trabajo a casa.
Una noche, en guerra, lo sacaron de casa
y lo mataron en Bètera, junto a los hornos de cal.
Los muertos llenos de moscas en las cunetas...».
«No hagáis nada, no hagáis nada, y él salvó a muchos».
De luto siempre, de luto la vida entera.

CRIMEN

Com jo viu clar aquest tan gran oprobí.

ROÍS DE CORELLA

La soledad del puerto aquella tarde de invierno.
En aquel bar mezquino. Los cristales sucios.
La mesa grasienta. Fumábamos en silencio.
Por el Recatí asomaban los restos de un navío
hecho polvo en la guerra. Despuntaban unos hierros.
Ninguno de los dos pensaba en Baudelaire.
El cielo gris, el mar sucio. Y la escenografía
habitual del puerto. La soledad del puerto.
En Pinedo se había ahogado un cura.
No me quedaba dinero y alargaba el coñac.
Bebía lentamente. Recuerdo tu rodilla.
Tenías las piernas una encima de la otra.
Y recuerdo la línea mórbida de un muslo.
Y una vaga tristeza. Como si todo fuera inútil.
Fuimos a la playa. La soledad, también.
Agonizaba el mar como un viejo animal.
Un animal enorme aún sin nombre.
Te abrigabas el cuello. Más silencio.
La espuma se deshacía en mis zapatos.
Me volví. Te vi remotísima, sola,
más delgada dentro del abrigo, dentro del frío,
dentro del viento que batía tu melancólico cuerpo.
Te vi más delgada y alta. Y tanta soledad.
De pie, en la amplitud penosa y solitaria

—el cabello revuelto, la ropa revuelta,
como si esperásemos el cuerpo de un muerto—.
El cadáver del hijo que no teníamos,
que no tendríamos, y ya lo sabíamos,
como sabíamos que todo acabaría
un día cualquiera, de forma repentina.
Como si ya hubiéramos muerto los dos,
individualizados en la misma muerte,
muertos de uno en uno, y juntos, sin poder hablar,
la gran soledad, el gran silencio, un frío,
la humedad, los tambores del mar retumbando,
unas proporciones lentamente planetarias.
Esperando, ya muertos, la llegada de un muerto,
de un conocido incógnito, aunque tampoco eso
resolviera nada. Tu cabello al viento.
Nos sentimos solos, quién sabe si criminales.
Cogimos el 2, regresamos a València.
Mirabas la avenida sin mucho interés.
En el pezón de tu oreja había un sabañón.

REPORTAJE

Si guard lo temps present e lo que fon.

AUSIÀS MARCH

SE montaba la feria en el Pla del Remei.
Una feria humilde, la feria de Navidad,
con luces modestas, modestas músicas,
caballitos de cartón y el tiro al blanco,
y a su vera el silencio asombroso del río,
el viejo río que arrastraba vida y siglos,
el viejo río que se la sabía entera,
miraba a otro lado y seguía su curso.
Los domingos daban libertad de baile,
baile sudado y espeso, en el almacén.
El aire cargado de suspiros y entrepierna.
Vaharadas de sexo y eructo a limonada.
El baile semanal que promovían las fallas
en cumplimiento de un deber democrático.
En el plato, criadillas hervidas, un arroz
con dos hojas de cebolla, tantos prisioneros.
Lo han condenado a muerte. Tres penas de muerte.
Mi marido murió en Porta Coeli. El otro
murió en el Puig. El mío, en el Saler.
Las mañanas de Paterna y las noches de Paterna
(¿sabéis si la torre es árabe o romana?).
Tronaban las trompetas al compás del baile.
Todos bailaban. Los cuerpos se apretaban,
o más bien se acoplaban, en el rito del baile.

Al descanso bebían limonada todos
y jadeaban feroces eligiendo chica.
¡Oh Sunión! Nada perdonaban las trompetas.
A las chicas les temblaban las piernas.
Por la debilidad. Por el sexo. Por el hambre.
Se volvía a bailar. Me debes este baile.
Y luego a casa, con la tacha en la cabeza.
Las piernas temblorosas, húmeda la entrepierna.
Se montaba la feria en el Pla del Remei.
(Según Ferrandis Luna, un sitio muy histórico.)
Eso. Que se montaba la feria y sonaban canciones.
Música pobre, humilde, devergonzada.
Y en el barracón del tiro al blanco por dos duros
podías holgar siguiendo a los clásicos.
Podías escoger. Siempre se puede escoger,
incluso en el trance más triste y amargo:
el barracón de feria o los duros pretilos
del río. Entre la hojarasca de los álamos
amanecerían preservativos usados.
El verde trémulo de la Alameda escondía
cierta fuente, secreta, para el amor más culto.

FLÉRIDA (1)

Los qui amau, preneu aquesta cendra.

ROÍS DE CORELLA

CIERTAS noches, en penumbra, aquel triste ciego
llega a tu cama y toca, con sus manos trémulas,
con esas manos torpes de ciego, tu cuerpo,
como buscando en tu carne una remota delicia,
y tú, mientras, callas en la cama conyugal,
los ojos llorosos y abiertos a las tinieblas.
Es en vano que insisten esas manos yertas.
En la mesa del comedor, modesta, quedan
los restos de la cena; dormirán los hijos
como duerme tu marido a tu lado mismo.
Musita el ciego un nombre, tu nombre, y tú callas;
quema el aire tu nombre musitado, mordido.
Con la primera luz abriendo las rendijas,
el ciego se va lento, por el pasillo, palpando
amargo los muros bíblicos de la ciudad.

SPILL, O LLIBRE DE LES DONES

*A la vora del riu, mare,
m'he deixat les espardenyas.*
ANÓNIMO

Si son las alpargatas...

III

TIERRA

Tots som grossers en poder explicar.

AUSIÀS MARCH

HABÍA que interpretar a Dios, el texto antiguo,
recorrer, en el polvo, las palabras remotas,
descifrarlo, oírlo —como en las películas—
con la oreja pegada tenazmente a la tierra
y adivinar caballos y lejanas tormentas;
penetrar, desentrañar, con la oreja pegada,
adherida a la tierra, la pobre y sucia tierra,
la mísera tierra, señales urgentes de Dios,
convenir que aquellos signos que había en las piedras
eran las palabras de un alfabeto inmemorial
del que nadie tenía la llave, la información
en el momento preciso, en el momento mortal.
«Pero Dios está en todas partes». Cada uno
lo iba interpretando, y era brisa o gemido,
esperanza rota, desistimiento y aflicción.
Sin saberlo, vivimos un largo Pentecostés.

POSTAL

D'ells ahunits surt amor, d'algun acte.

AUSIÀS MARCH

ÁRBOLES de la Alameda, una fuente amable
que suena rumorosa entre las hojas,
las calles de Colón, Xàtiva y Ruzafa.
Paseábamos los dos aquel día de agosto.
Tú llevabas un jazmín, distraída, en la mano.
Un vestido blanco te ceñía el cuerpo entero.
No osaba tocarte. Solamente te miraba
con un amor casto y sencillo, un amor místico,
con unas ganas locas de llorar de gratitud
porque te había dicho te quiero y tú me habías
contestado te quiero. De repente irrumpieron
las trompetas del jazz desde la calle Ruzafa,
tan encendida de neones en los comercios,
alegre de teatros, de cafés y de vida.
Tú llevabas un jazmín en la mano, recuerdo
cómo lo arrancaste mientras yo te estaba hablando.
Al llegar a casa lo llevabas en la boca.

SILENCIO

E no us penseu que parle gens en somnis...

ROÍS DE CORELLA

Nos piden silencio cuando aún nos quedan
tantas cosas por decir —«a dormir, a callar»—,
en el tiempo venidero, una amarga memoria
de sangre en los peldaños, de vidrios en la boca,
una música solitaria que nadie escuchaba
arrastrándose, triste, por las alfombras,
un animal de música alargándose, escuálido,
desde el comienzo de la muerte en la tierra
y cruzando uno a uno cada túnel, de cada siglo,
con un hambre sucia de claridad, solo eso.
Nos piden silencio. Los prohombres meditan.
Cruzaban píamente las manos sobre el ombligo,
ahogaban un eructo, entornaban los ojos.
¡Oh las eternidades de J. R. J.!

El mundo está bien hecho. A callar todo el mundo.
A dormir todo el mundo. El mundo está bien hecho.
¿Qué más podéis darnos en la otra vida? Amén.
Los versos eucarísticos de Bertran i Oriola.

ÁRBOLES DE POLVO

Oïu, mortals, oïu grans meravelles.

JOAN BATISTE ANYÉS

DELANTE del templo de San Agustín paraban
autocares, tranvías ocres. Evoco una plaza
polvorienta de árboles tristes. Todo ha cambiado.
Recuerdo un viejo patio, y dentro una tartana.
Recuerdo el pasadizo, meado, de San Pablo
que de lejos ya apestaba al ácido úrico.
La plaza era polvorienta y pueblerina.
Más allá, el instituto, ¡oh la cultura, madre!
Los tranvías ocres, los autocares azules,
sucios del polvo lejano de Catarroja y Silla.
Y bajaba una mujer, y llevaba un cesto,
y pegada al río iba a la Cárcel Modelo.

CUERPO MORTAL

Sí com aquell que és jutjat a mort.

AUSIÀS MARCH

TRINQUET de Cavallers, La Nau, Bailén, Comèdies,
Barques, Trànsits, En Llop, Mar, Pasqual i Genís,
Sant Vicent, Quart de fora, Moro Zeit, el Mercat,
Mercé, Lope de Vega, Colón, Hernán Cortés,
Trenc, Ciril Amorós, Pelayo, Campaners,
Palau, Almirall, Xàtiva, Cabillers, Avellanes,
Pouet de Sant Vicent, Cavallers, Sant Miquel,
Roters, Sant Nicolau, Samaniego, Serrans,
Rellotge Vell, Sant Jaume, Juristes, Llibertat,
Soledat, Ballesters, Bonaire, Quart de dins,
Blanqueries, Llanterna, l'Albereda, Correus,
Nules, Montolivet, Gil i Morte, Espartero,
Miracle, Cordellats, Misser Mascó, Minyana,
el Portal de Valldigna, Porxets, Soguers, Navellos,
Querol, Reina Cristina, Mayans i Ciscar, Temple,
Puentes de la Trinidad, del Real, de la Mar,
de Aragón, de Serranos, de San José, del Ángel.

Y la Avenida del Doncel Luis Felipe García Sanchiz.

NO ME ACUERDO

E, morín, creix, e crexèn, mor tot dia.

PERE MARCH

SE montaba la feria en el Pla del Remei.
Por la Alameda se divisaban sus luces,
unas luces de colores, deshilachadas.
Sonaban las canciones de una música a astillas,
una música humilde, rasgada, resquebrajada.
Sonaban los silbidos. Se adivinaban, lentos,
los caballos de cartón que subían y bajaban.
Andaban las parejas en busca de las sombras,
los pretilos del río, el viejo y solemne río.
Era un amor efímero, apremiante, precario.
Era un amor a secas. Los bancos de la Alameda,
con todo dando vueltas y la feria al fondo,
veían regresar el amor invicto y redentor.
Renacía una casta y suave confianza:
las manos entre las manos, el gran beso en la boca,
y de nuevo, otra vez más, nuestra calle de la Mar.
La vida era un dulce cansancio en los huesos.
Hasta mañana. Eso significaba mañana: más besos,
a las cuatro en el Coli, una tierna y secreta
confianza en la vida, a pesar del hambre,
de las humillaciones, de las precariedades.
Era confusa y alegre la calle de Ribera.

ESO

Sàpia jo la persona.

ANÓNIMO, S. XV

EN las Torres de Quart aún había presos.
Se improvisaba una cárcel en cualquier sitio.
Al girar Borrull un tranvía mató a un hombre.
Una manta cubría, deshecho, su cuerpo.
Corría la sangre, viva, por los adoquines.
¿Quién sería aquel hombre? En vano intentaste
averiguarlo. Y tú mirabas el bulto,
el pobre y aciago bulto bajo la manta,
en la esquina de Borrull. Por entonces ibas,
después del trabajo, a los billares de Colón.
Oías los gritos de la plaza de toros,
mirabas las banderas que la coronaban.
En la calle Borrull vivió un día tu madre;
era una criatura humilde y muy vivaz;
las noches de verano salían al portal
y se oía, lejano, el son de un acordeón.
Por la calle Murillo subía la noche.

CANTO DE VICENT

*... a unes tres milles de la mar, a la banda
occidental del riu Guadalquivir, sobre el qual
hi ha cinc ponts...*

SIR JOHN TALBOT DILLON

PIENSO que es la hora de tu canto a València.
Temías el momento. Admítelo: temías.
Temías la hora de tu canto a València.
La querías cantar sin solemnidad,
sin Mediterráneo, griegos y romanos,
sin maestros canteros ni herencia mora.
La querías cantar con una voz humilde,
castamente, se diría. El canto crecía.
Lento lo veías crecer, como un atardecer.
Llegaba la noche, no escribías el canto.
Más adelante, otro día, en la otra vida;
tal vez en el momento de la resurrección
de la carne. Tal vez. Más adelante, si eso.
Y el tema de València iba y venía,
volando entre tus cosas, entre tus sílabas,
en los ratos de amor y en los ratos de pena,
toda tu vida —si no ya toda la vida,
todo eso que de verdad sabes que es la vida—
iba por València, tus calles de València.
Con modestia nombrarías alguna calle,
Pelayo, Gil i Morte... ¡Con qué intensidad
las pronuncias, las escribes! Con un poco más

ya tendrías València entera. Pues para ti
València es poco más. Tan íntima y caliente,
tan crecida y doliente, y también querida.
Las calles que cruzaba una lenta pareja,
los largos paseos de aquellos días sin un
céntimo en el bolsillo, algún viejo café,
aquella lechería que queda en Sant Vicent,
la casa que estrenaste al estrenar la vida
los dos, juntos, entre un alegre vecindario,
el médico que buscasteis tarde una noche,
la farmacia de guardia. ¡Ah, València, València!
El parto de tu hijo, la sangre en el pozal.
El sol mañanero, las Torres de Serranos
con un fugaz color inicial de geranios.
Ves, desde el comedor, por la ventana abierta,
Benimaclet aquí, allá ves Alboraia,
oyes en la cama las sirenas del puerto.
Clareaba el día con los carros labriegos.
Los niños van a clase. Oyes la campana
cercana de la iglesia. El trabajo, ese tenaz
amor a las palabras que escribes y dices
desde que te parieron un día en Burjassot:
así mamaste la leche como el idioma,
dicho castamente y con perdón de la mesa.
¡Ah, València, València! Bien podría decir:
¡Ah, tú, València mía! Yo evoco la mía,
mi València. ¿O es la València de todos,
los vivos y los muertos, todos los valencianos?
Déjalo. No lo hagas solemne. Sin énfasis.
El énfasis nos ha perdido muchas veces.
Algún día escribirás tu canto a València.

CULTURA

Los jocs honests tu usaràs.

ANSELM TURMEDA

TE gustaban los puentes, los viejos puentes del río,
los puentes viejos y solemnes, para asistir
a la función gratuita del atardecer,
la Eneida traducida en decasílabos
—unos versos cereales— por Llorenç Riber,
afamados por sus rojizos y damascos;
te gustaba tocar los ásperos pretils.
El recato de los Jardines de Serranos
cuando el ocaso era una sábana tendida
—de noche lo llenaban la clandestinidad,
los homosexuales más arruinados,
las prostitutas sin carnet y las amateurs—.
De día, niños y ancianos, mujeres hablando,
el albañil deshace un papel de diario
y engulle feroz, todo dientes, la comida.
Cerca, los tranvías ocres de Burjassot y la Poble,
los polvorientos autocares que marchaban
a Segorbe y Sagunt. Tú mirando el río,
los pretils, los puentes, y asomaba terroso
el Hospital Militar, los Jardines del Real.
La pared del Temple te impresionaba siempre
(recuerdas aquel balcón donde vivió y murió
Teodor Llorente, añorando Museros
y el huerto de flores de los Juegos Florales.

Recuerdas los últimos años de Llorente,
aquellas noches, el codo en la mesita.
Sanchis Sivera lo contó puntualmente).

TIEMPO

Lo temps és tal que tot animal brut.

AUSIÀS MARCH

UNA guitarra amarga, la guitarra profunda,
subía dedales de agua de un remoto aljibe,
lejanos días, la guitarra amarga, profunda,
el secano de Paterna, cielo negro, grillos,
subían lentos los dedales de agua amarga,
retumbaba la piedra por el agua remota,
te arrancabas la piel, días salvajes, qué días,
una guitarra amarga, la madre mece al niño,
la silla baja, el corral, la sombra de una higuera,
en el patio bailaban con faroles prendidos,
la guitarra profunda, llegaban las ráfagas
de una música nueva llamada la carioca,
noches de huerta, la noche, el camino a Godella,
la Alqueria del Pi, una guitarra amarga,
amarga, amarga, amarga, dedales de agua de aljibe,
dedales de agua profunda, la guitarra profunda,
detrás del verde mirto sonaba la guitarra,
roían los gusanos las hojas de morera,
nadabais en la acequia de Tormos y más tarde
bailabais sobre la hierba, un baile grotesco,
batallones de mazorcas llegaban al pueblo
con las hojas verdísimas; tras aquel domingo
empezó la guerra, y fue llegando la guerra
cargada de camiones, pistolas y banderas,

el fuego sacrílego, la sangre en el asfalto,
«Hijo, me alegraré que al recibo de ésta...»,
una guitarra amarga, la guitarra profunda,
el padre en el carro la noche del bombardeo,
el carro se tambaleaba oscuro hacia la Biblia,
ha muerto el padre, ha muerto Antònia, ha muerto
Maria, han muerto Antoni, Joan y el Jabonero,
flotaban las llamas en las tazas de aceite ardiendo,
¿sabes quién se ha muerto?, largas, sordas y enlutadas
las campanas de mi pueblo, que nunca se acaban,
que eternamente plañen, una guitarra amarga
subía amargos dedales de agua de aljibe,
un aljibe remotísimo, un Padrenuestro por...,
una guitarra amarga, la guitarra profunda,
se ha perdido en el patio, estaba entre el cañar,
la acequia de Montcada, indómita y arcillosa,
Benifaraig, Carpesa, Poble Nou, Borbotó,
Jaume Bru, por el amor de Dios, no me dejes solo,
la carcoma royó el maderamen de la mesa,
en el corral se nos murió la higuera y su sombra,
nadie sabrá decir cuándo o de qué se morían,
desesperadamente, amargamente sonaba
una guitarra oculta, la guitarra profunda,
una guitarra amarga, amarga y profundísima,
que sube dedales de agua de un lejano aljibe.

LA COSECHA

*E per ço acostumaven los cavallers que quan menjaven,
que·ls legissen les històries dels grans fets d'armes que'ls passats
havien fets...*

PERE III, Tractat de cavalleria

PASAN los días, y cuelgan
lágrimas, lágrimas, lágrimas.

Pasan los días, y lavan
la sangre en las toallas.

Pasan los días, y suman
lágrimas, lágrimas, lágrimas.

Pasan los días, y dejan
silencio y polvo en su camino.

Con el silencio prosperan
lágrimas, lágrimas, lágrimas.

Los agravios y las ofensas,
el ramillete de mentiras.

Pasan los días, y dejan
sin aceite las lámparas.

El miedo en las esquinas,
la sangre reventando botijos.

Amor, amor, vienen y van
lágrimas, lágrimas, lágrimas.

Pasan los días, y dejan
caer insultos y caer pactos.

Pasan los días, y cuelgan
las lágrimas del árbol.

En el árbol, en el viento,
lágrimas, lágrimas, lágrimas.

UN AGUA SUCIA Y TRISTE

*Ço que jutja l'enteniment
no necessari, no és clar.*

AUSIÀS MARCH

DESDE la pasarela mirábamos los trenes.
Las nubes de humo de las locomotoras,
los silbidos, las barandillas bamboleantes.
Marchaban los trenes y volvían los trenes
y nosotros los veíamos desde la pasarela.
Los raíles huían, ferruginosos, vida arriba.
Era bella la vida. Era triste, también.
¿Quién sabe cómo sería, de qué color, la vida?
Yo te ceñía, abrazada, la afable cintura.
La vida. ¿Quién sabría cómo sería la vida?
A veces nos asustaba. Otras nos besábamos
a oscuras en el cine. Y otras éramos felices
y luego iríamos, quién sabe, a Barcelona,
como hicieron tus padres. Jadeaban las negras
locomotoras. Caían densos trozos de humo.
Cruzábamos el humo de las locomotoras.
En el aire titilaba una luz por la calle.
La vida. ¿Quién sabría cómo sería la vida?
Mi brazo te ceñía la afable cintura.
Sonreías tristemente. Desistíamos los dos
y detrás de la tapia jadeaban los trenes.
En el solar meaba cansadamente un hombre;
lo esperaba la mujer, con los hijos, bajo la luz.

TODAVÍA

Sospir e plor mantes vets cascun dia...

MARTÍ GARCIA

TODAVÍA, a veces, alguna noche, escuchas
la pregunta. ¿Qué has hecho? No sabes qué decir.
Ruth, junto a la cama, te pregunta qué has hecho.
Dios mío. No sabes qué decir. Y callas. Callas.
Aprietas los ojos. Sabes hacerte el dormido.
Pero al pie de la cama ves el bulto de Ruth,
eterna insomne, preguntándote qué has hecho.
¿Qué has hecho de la fe, quién te rompió el cántaro
de agua del aljibe? Y suplicas. Ardientemente
aprietas los ojos, suplicas. Te sabes solo.
Tienes la amarga conciencia de tu soledad,
la de todos y cada uno, de uno en uno;
batallones de soledades imprecisas.
Clareó, de repente, una flor larguirucha.
Querías entregarte íntegramente a Dios.
Fuiste sincero. Y sin embargo, ¿qué has hecho?
Dios mío, no me dejes. Sabes que Él no te deja.
Nunca deja a nadie. Dios mío, nunca me dejes.
Miras, al pie de la cama, a Ruth. ¿Qué has hecho?

AMIGO

Com l'hom posat en l'extrem de la mort.

LLUÍS DE VILARRASA

ERES de la quinta del 42. Te veo,
ilustre de correa y de lustrosas botas,
acogiendo un amor, un delicado amor,
un amor que habría delirado por momentos
y alcanzaría extremos de furia y tormento
al abrigo del capote, aquellas noches de invierno
del año 44, si mal no recuerdo.
Te veo, ahora, las manos, las grandes manos.
Oyes el ronco rumor de coches y tranvías
si no oyes las músicas banales del transistor.
No ves nada. Ya nada podrás ver. Estás ciego.
Veo tus manos en la madera del mostrador,
los dedos torpes que cortan y venden iguales;
aquellas manos, las manos que apresaban la vaga
ternura de un amor en la oscuridad de un cine;
aquellas manos, las manos que eran llamas
incendiando las telas recatadas del amor,
aquellas manos o viento revolviendo la ropa
de un amor que, si no, querrías puro y eterno.
Aquellas manos, las manos que sujetaron, trémulas,
la alegría de los pechos incipientes de Flérída,
trémulos también, indecisos; aquellas manos, las manos
que recorrieron el rostro de Flérída, las manos,
aquellas manos, las manos que ahora venden iguales,

las manos sobre un pelo en un distinguido cuello,
aquellas manos, las manos que aún, amargo, recuerdo.
Eres de la quinta del 42. Recuerdo
cómo nos conocimos un día cualquiera.
Aquellos ojos que miraban alegres la vida,
aquellos ojos que cruzaba, iridiscente,
un fulgor, la feroz alegría del vivir.
Aquellas manos, las manos en unos hombros
atónitos, en la frágil caricia de un cuello.
Aquellas manos, las manos, las manos de la amistad.
Flérida se casó y tiene diez o veinte hijos.
A veces la veo; y si va junto al marido
no dice nada, mira al suelo. Pero alguna vez
me ha preguntado por ti o hablamos de entonces.
Nada le he contado. Ni a ti nunca te lo diré.
Dejo aquí el poema, dejo aquí tu recuerdo,
como tú dejas las manos, aquellas manos, las manos,
las manos de la amistad y la seguridad,
las manos de una muda y alegre confianza,
sobre el mostrador de madera de tu garita.

AQUÍ

Deixant amics e fills plorant entorn.

AUSIÀS MARCH

Aquí estuvo la casa donde vivió Ausiàs March.
De aquí lo sacaron con los pies por delante,
muerto, hacia la catedral. Calle de Cabillers,
la plaza de l'Almoina. Piensas en el final
de Ausiàs March, turbado con la vitalidad
de aquellos jóvenes poetas de València.
Jo sóc aquest que em dic... Se golpeaba el pecho,
el puño como una piedra, impenetrable el gesto.
Y regresaba a casa, irritado, en silencio,
dándole vueltas al complicado epigrama,
una banalidad del todo insoportable.
Un día se murió como se muere todo dios.
Jo sóc aquest que em dic... Cogidos de las manos
leímos su lápida. Después seguimos por
la calle de la Mar. Mas su casa era un imán.
Y otro día volvimos. Y luego muchos más.
Calle de Cabillers, la plaza de l'Almoina.
Hemos entrado a la Seo; allí está la tumba
de Ausiàs; hemos visto el San Vicente, viejo,
que pintó Jacomart. Volvemos algunas veces.
La calle de la Mar, la de las Avellanes.
Aquí estuvo la casa donde vivió Ausiàs March.
Aquí, de cuerpo presente, estuvo Ausiàs March.
De cuerpo presente. Jo sóc aquest... Un sacristán

me contó cómo recompusieron el cuerpo
de Ausiàs, con hilo de alambre, uniendo huesos.
Un mediodía de luz rabiosa, fuimos
a Beniarjó; cogiste flores de un margen:
las querías dejar en aquellas ruinas.
Cruzamos callados las ruinas, pensamos
Ausiàs March allí, la esclava de cinco meses,
y creciéndole el hijo bastardo; volvimos
después a Gandia; tú apretabas las flores.
Al salir de Gandia las echaste al viento,
al viento de Gandia y al de Tirant lo Blanc.
Jo sóc aquest que em dic... Calle de Cabillers,
la plaza de l'Almoina. Tu mano en mi mano
como un puñado de tierra, unidos los dos.

DE UN AÑO

Mas no encuentren lo carrer.

AUSIÀS MARCH

ABSURDAMENTE brotaba un jardín en el cielo.
Estallaban las altas carcasas de las fallas.
Toda València era una hoguera alegre:
nos daba la fiesta y una fácil metáfora.
Yo ceñía tu cintura en la penumbra.
Yo respetaba tu doloroso silencio.
Músicas populares trepaban por tus muslos.
En lo alto se abrían jardines efímeros.
Yo cargaba el peso de una amarga obligación.
Asistía en silencio a tu amargo silencio.
Apoyados en la barandilla, observábamos
la ciudad como un bosque. Vacilaban las luces
de los castillos en tus ojos bañados en sal.
Ya no ceñía tu adorable cintura.
Uno junto al otro contemplábamos València.
Sentí cómo tu brazo buscaba mi brazo.
Hace diez años, veinte, treinta, ya ni lo sé.
Fue en una azotea humilde de las afueras.
Los vecinos subieron y miraban València.
Les encantaba la noche en llamas de San José.

DÍAS

Amb honestat matant ma vida morta.

ROÍS DE CORELLA

CALLE de Samaniego, aquel taller de orfebre
donde fuiste aprendiz para ser alguna cosa,
porque entonces había que ser alguna cosa
y tú fuiste aprendiz en un taller de orfebre.
Conservas el recuerdo como en un tiesto:
frágil y humilde, como un pálido geranio.
Había unas ventanas panzudas y solemnes
que daban a un patio; quién sabe si fue una casa
señorial. En aquellas noches larguísimas
del verano, unas voces salían, anónimas,
de quién sabe qué ventana, la alegría
del agua rebotando en quién sabe qué cocinas
y regando el aire espeso de ese agosto horrible.
Te sudaba la mano apretada en el cincel.
Tú tendrías, entonces, trece o catorce años.
Te gustaba la vida, la calle de Serranos,
las gentes que van y vuelven, compran un cesto,
un caballo de cartón, el hilo de empalomar.
Te comías por la calle el bocadillo
mirando a las gentes que iban y volvían;
eso que más te gusta, que te gustaba más:
te gustaba la vida como pan, aceite y sal.
La iglesia quemada de la Mare de Déu Grossa,
una pareja se pierde por la calle Roterros,

el mercado que había detrás de las torres,
aquella dignidad italiana, me parece,
la vida entre las piedras cultas y tan nobles,
las hojas de lechuga esparcidas por tierra,
las naranjas, los limones, la vivacidad,
un olor de cordeles, el olor a salazón.

POR EJEMPLO

*Entre aquests dos estats és tot lo poble
e jo confés ésser d'aquest nombre.*

AUSIÀS MARCH

Los años de posguerra fueron años amargos,
como no lo fueron los tres años de guerra,
para ti, para mí, para tantos de nosotros,
para los mismos hombres que hicieron la guerra.
La posguerra era sorda, era amarga y feroz.
No pedía cóleras, pedía cautelas,
y pedía pan, medicamentos, amor.
Años de cautelas, de precauciones y tactos,
de pactos clandestinos, conformidades crueles.
Nos dijeron un día: La guerra ha terminado.
Y saltamos los márgenes y arrancamos cañas
y bailamos alegres sobre la vida entera.
Terminada la guerra, esto fue la posguerra:
se apagaron las risas astilladas de los labios.
Por los ojos cayeron telarañas de duelo.
Se anunciaban los pechos, firmes, bajo las telas.
Un bulto de amor crecía, tenaz, en la entrepierna.
Eran tiempos de posguerra. Se imponía el amor;
brutalmente se imponía sobre hambre y cautelas.
Y fue un amor triste, un amor sucio y rasgado.
Pero un sentimiento redimió aquella vileza
que perpetramos, inocentes y crueles,
del todo empapados de obscenidad y barro.

Ya nada tenía objeto. La guerra, la posguerra...
A fin de cuentas solo necesitábamos vivir.
Y después de manosearnos ferozmente
llegábamos a casa con las manos vacías,
y aún a veces nos miramos las manos vacías,
y ahora sentimos el espanto que no sentíamos
y lloramos por aquella pureza que no fue,
esa pureza que nunca hemos podido vivir,
la pureza que jamás hemos podido probar.

FLÉRIDA (2)

No sent, ne veig, ne oig, ne conec res.

PERE TORROELLA

HAY un ciego cuyas manos te saben de memoria,
se conocen de memoria las sinuosidades
amables de tu cuerpo, los recónditos secretos,
se conocen el volumen duro de tus senos
y saben cómo extraerles toda su música,
como en aquel fraseo, larguísimo y mortal,
de cierta sinfonía —acuérdate— de Beethoven.
Tú llamabas, ella descolgaba, los dos quedabais:
a las cuatro en el Goya, o si no en el Ideal,
o si no en el Español en casos de emergencia,
por más que el Avenida resultara más propicio
a ciertas naturales expansiones, como dicen.
Salías vacilante del cine; te agarrabas
a la pared. Después venía la larga avenida,
aquel viento de la mar, la humedad de la noche.
Al llegar al patio de la casa donde vivías
te habías recobrado, parecías invicta.
Aquellos besos últimos, aquellos magreos
del final, agarrando febrilmente, con las uñas,
el día, el ardiente día que ya se escurría.
Hay un ciego cuyas manos te saben de memoria,
se conocen el volumen duro de tus senos
y la madera suave de tu cálida cintura.
Parece que aún te busca en el aire o la ceguera,

inseguro sin ti, con las manos imprecisas.

Las manos, aquellas manos, que no te reencuentran
y en vano intentan, a veces, reconstruir, apenas,
efímeros, los volúmenes del amor, un amor.

EL GRITO EN LA NOCHE

Consirós cant e planc e plor.

GUILLEM DE BERGADA

Las familias de luto para toda la vida.
La guerra, la posguerra... Recuerdo a una madre.
No le dijeron que su hijo había muerto
en el frente de Teruel: simplemente le dijeron
«ha desaparecido». Y pasó la guerra
esperando a su hijo. Y acabó la guerra
y esperaba a su hijo. Y puso la mesa,
también le hizo la cama con sábanas nuevas,
y esperaba en la puerta. Nada supo del hijo.
¿Murió? No se sabe. Solo «desaparecido».
Se encerró en casa y echó el cerrojo. Recuerdo
sus gritos. Los vecinos llamaban a la puerta
y ella no abría la puerta. ¿Dónde estaba su hijo?
Si lo mataron, ¿dónde? ¡Oh, cosas de la guerra!
¡Quién puede saber eso! Las familias de luto
para toda la vida. La guerra, la posguerra...

VÍTOR

A nostres precés Ell ou d'orella sorda.

AUSIÀS MARCH

Todo lo interrumpió la guerra. «Antes de la guerra...»,
«Al estallar la guerra...», «Fue después de la guerra...».
Fue después de la guerra cuando nos conocimos.
De no ser por la guerra, tal vez tú seguirías
en tu pueblo, tal vez yo seguiría en mi pueblo.
Salimos de la guerra como de una cueva,
con las manos cogidas, con un punto inocente.
Fue después de la guerra cuando nos conocimos.
Nos dejó marcas secretas la guerra: las callábamos.
No queríamos hablar de la guerra; nos hablaban
de la guerra. «La guerra...». Huíamos calle arriba,
te cogía por la cintura y te levantaba
dos palmos de tierra: me besabas en el aire.
Lejos seguía la guerra, otra guerra todavía.
Hablábamos de películas y comíamos
películas, nos besábamos como en las películas
y pensábamos la vida igual que en las películas;
luego pisábamos las cáscaras y volvíamos
amargamente a casa, a aquel amargo comedor.
«Lo perdimos todo, ¿comprende?, durante la guerra...».

CRUZANDO LA NOCHE

Tant que no sai qui màjut en est cas.

JORDI DE SANT JORDI

El vagón de tercera que cruzaba la noche,
la sucia noche de esparto, la gran noche manchega,
los sacos en las piernas, maletas de madera,
toda la noche encendida la miserable luz,
allí, en el miserable pasillo del vagón,
aquella luz que tenía el color del orín.
Los hombres que ofrecían navajas de Albacete.
Aquellas voces peludas que imploraban agua.
La locomotora escupía agua caliente.
Los bultos entre las sombras de cada estación.
Las tierras de la noche, la gran tierra desierta.
Cruzaba un tren de madera con una luz de orín.
En Chinchilla subían, de dos en dos, los presos,
atadas las muñecas con un trozo de cordel
y una barba de mil días en su tez macilenta.
Cruzan toda la noche los miserables trenes,
vagones de tercera, por una noche de esparto.
Tú orinabas, de pie, desde la plataforma.
En el retrete se oían los gemidos del amor.
El salvoconducto costaba peseta y media.

DOCUMENTALES

*Car sapiats per cert que les disposicions del
món que ara corren, molt són pitjors que hom no.n
poria expressar, e Déus farà en breu pus terribles
joís que hom no poria pensar ni aesmar.*

ARNAU DE VILANOVA

HAS vivido plenamente y dolorosamente
en un tiempo y un país, has vivido en Europa
unos años concretos. Ahora echan películas
y documentales de aquel tiempo de miseria.
Se estremecen los hijos. ¿Solo había guerra,
delaciones, tacto de codos, solo hambre?
Sí, también había, como la cebolla que germina,
un amor impensado para toda la vida:
se escondía en los cines, en sus últimas filas;
presumían, los jóvenes, cogiéndose del brazo,
y prudentes se soltaban al llegar a casa.
¿Los besos, los abrazos? Sí, también los había,
como también había un sentimiento confuso
de culpabilidad. Y la barbaridad, de golpe,
se perpretaba, brusca y torpe, en un rellano.
Sí, todo era triste. Y era alegre la vida.
Ahora todo es distinto. Dan fútbol por la tele.

EPISTOLARIO 1945

Quan ve la nit...
ANÓNIMO, S. XVI

ERA por mayo. Recuerdo que recordaba el pueblo.
Recordaba el olor del azahar de sus naranjos.
El perfume llegaba como un ternero alegre
y en las cuatro esquinas agitaba sus cuernos.
Todo lo recordaba, en carne viva, desde Madrid.
Era por mayo. Recuerdo que recordaba el pueblo.
Terminaba la guerra. ¿Qué guerra? La guerra.
Una guerra. La guerra. Los coléricos rostros.
La noche colgaba en trozos de tela perforada,
una tela de ataúdes. Terminaba la guerra.
¿Qué ocurriría? El miedo. Más miedo. El miedo.
Otra vez el miedo. Y las cautelas. Más cautelas.
No sabes con quién hablas. Mejor será que calles.
No digas nada de nada. No te fíes de nadie.
Quién sabe qué puede pasarte. La pensión tenía
una escalera como la de *Crimen y castigo*.
Una de las criadas, natural de Jaén,
se entendía con un tísico de Valladolid.
En cierto piso de València, una hija de Dios
pensaba que ya nadie volvería a besarla
con esos besos que llenan la boca de una mujer.
«Hijo, me alegraré que al recibo de ésta...».
La portera esperaba que al hijo le conmutaran
la pena, pero no. El otro lo tenía en Francia.

«Si estuviera en edad yo me echaba a la vida.
Se lo juro por éstas». Los libreros de viejo.
Era por mayo. Recuerdo que recordaba el pueblo.
Tendido sobre la cama recordaba mi pueblo.
Me pasaba las horas muertas sobre la cama.
Calles de San Bernardo y del Espíritu Santo,
aquella feria en el solar de la plaza de toros,
junto a los árboles de Goya, un cansancio mortal.
Intentaba leer. No conseguía leer.
Evocaba las calles de València. Pensaba
València. Masticaba València. Fue por mayo.
Salía a la calle. No sabía adónde ir.
«La documentación». Cierta joven, en València,
tampoco dormía, no sabía adónde ir,
y se sentía crecer los pechos inútilmente.

FUNDACIONES DE LA RABIA

Fes-nos haver tanta fe com volem.

AUSIÀS MARCH

LENTAMENTE edifico y dolorosamente
este canto, que es un canto, más que de amor, de rabia,
de una rabia que funda las dinastías bíblicas,
de una rabia que crea, más que los versos, los pueblos.
Es la rabia de un pueblo o la rabia de unos pueblos
cruzados por la cicatriz perenne de la guerra,
una vida precaria, un amor clandestino,
las palabras ocultas, por si acaso, en los cajones,
todo aquello que no fue posible y es posible
y habría sido posible pero no fue posible,
como si ahora solo el agua llegara al ático.
No podíamos besarnos si no era a escondidas,
y si no nos pillaba la Moral de uniforme
o, si era en la playa, la Moral a caballo.
Hombres de orden vigilan de reojo lo que escribes,
los hombres que se han hecho gordos en la posguerra.
Hemos pecado por eso: porque no nos dejaban
existir plenamente, amarnos plenamente,
amar con ese impudor que la vida reclama,
vivir ese amor que es capaz de fundir los plomos,
reventar las bombillas, dejar el mundo a oscuras.

LAS COSAS

Quan, entre gents, estic mut e pensiu.

AUSIÀS MARCH

EN la oscuridad había mujeres en los bordillos.
Decían cosas obscenas, amablemente obscenas,
si acaso de una adúladora obscenidad.
Y fumaban. Recuerdas que, en la penumbra, fumaban.
La calle de Ribot atesoraba cierto prestigio.
Nunca la habías visto. Y nunca la verías.
Un amigo te llevó. Había luces siniestras.
Pasasteis de largo. Con las piernas abiertas,
las mujeres se aireaban las ingles con la falda.
Me cuentan que, en la guerra, hacían cola los soldados.
Al acabar la guerra, ¿hubo entre aquellas mujeres
una depuración? No lo he sabido. No lo sé.
Igual que el mar retorna los ahogados, la guerra
retornaba aquellos cuerpos ventrudos en la noche.
Si mal no recuerdo, tú por entonces leías
—y quizá te supieras de memoria fragmentos—
los poemas de Rilke. De Aleixandre te venía
el delito de la luz —limpieza o pureza,
o la impureza que la limpieza era capaz de
redimir, ¡calla ya, no vayas a meterte en líos!—.
Pasasteis de largo. En la esquina de la calle
llamada de Guillem de Castro, vomitaste, indigno.
En El Siglo te tomaste un café sin azúcar.

SHOW

En la cortina de silenci un tall...

JOAN BAPTISTA ROIG

SONABAN las trompetas por encima de la vida,
sonaban las trompetas elevando la miseria,
sonaban las trompetas por entre todas las fuentes,
las trompetas lascivas, las trompetas vibrantes,
las trompetas que alargan el río orillando la pena.
Sonaban las trompetas en los Jardines del Real
y el cielo refulgía de trompetas lejanas,
y una electricidad imprecisa inflamaba el aire
y nos ponía en medio de un vértigo poderoso,
y bailábamos los dos entre mujeres que cosen
y otras que hacen jerseys y otras que no hacen nada
y los niños que echaban migas a las palomas,
y bailábamos los dos aquel vals miserable,
tu cuerpo lleno de velos, tantas capas de velos,
y nadie escuchaba las trompetas vibrantes,
pues para nadie sonaban sino para nosotros,
que bailábamos soñando mientras todos volvían
para hacer sus cosas, bordar iniciales,
para hacer sus jerseys, echar migas de pan
los niños a las palomas, nos arrastraba la vida,
sonaban las trompetas por encima de la vida,
sonaban las trompetas elevando la miseria,
sonaban las trompetas por entre todas las fuentes,
las trompetas lascivas, las trompetas cautivas,

las trompetas detrás de los cerrojos carcelarios,
las trompetas que alargan los ríos orillando la pena,
la impura y sucia pena, la pena de los amantes,
de los amantes sin blanca, de los amantes en un banco
de los Jardines del Real que ven a las mujeres
coser o bien hacer sus proyectos tranquilos,
satisfecho el bajo vientre, y los niños se acercaban
a las palomas con las migas de pan, temblando,
las trompetas que alargan la pena como un río.

EL OFICIO

Lo jorn sencer tostemps sospir.

JOAN TIMONEDA

VENÍAS de una familia de panaderos
y tú querrías ser panadero, como ellos,
y entrar fajos de leña, de pino, al horno,
y hacer la levadura al atardecer,
y a medianoche ir al horno a amasar,
cruzar con una rápida cuchilla la pasta,
y barrer lento, prenderle fuego al horno,
meter la cabeza en ese infierno en llamas
que tan intenso olía a las mañanas del Garbí,
subir al alcabor, sentir su húmedo calor,
y dejar caer el pan, ese pan crujiente
y alegre, en las paneras, y tripular el horno,
avivarle el fuego y luego hacerlo morir.
Tú serías panadero, como lo fueron los tuyos.
Al lado de tu padre aprendiste el oficio,
noche a noche, día a día, y te quedó la añoranza.
Una amarga añoranza para toda la vida
te cruza el pecho entero con aquella rápida
señal de cuchilla que nunca has podido olvidar.
Esa es tu pasión, el manantial de tus versos:
la carne arañada, aquellos días salvajes
en los que entrabas fajos de pino al horno.

EL VINO

Alegrau-vos, pare Adam.

JOAN TIMONEDA

No podía faltar el vino en la mesa.
Un ceremonial, un rito que venía
desde la noche: el vino encendía la mesa,
encendía la casa, encendía la vida.
Una vieja liturgia lo ponía en la mesa:
una vieja liturgia nocturna, inescrutable,
encendía la sangre, latía en los ojos.
Un ceremonial, un rito que venía
desde la noche febril de la caverna.
El vino bebido, en casa, en las comidas.
Se oficiaba el vino, lenta y gravemente.
Hablo del vino del pobre, que nos hace fuertes.
Un trozo de cebolla cruda, un mendrugo de pan
y un vaso de vino, solemne. El vino del pobre,
bebido con pompa, maná de la ira,
el vino o sostén del afán o la rabia.
El vino de la esperanza, el del sacrificio,
la esperanza rota, plantar cara a la vida.

TODO LO QUE PERDURA

¿Y quién pensaba en Dios? «¿No pensabas en Dios?». Pensaba en tantas cosas. No sabría decírtelo.
¿Era preciso pensar en Dios expresamente?
¿Era preciso pensar literalmente en Dios?
En cualquier caso, creo que Dios lo entendía todo.
Hacía la vista gorda, si puede hablarse así.
Nos permitía vivir. Más adelante ya veríamos.
Ahora nos urgía salir. Salir de todo aquello.
Dios siempre esperaba. Nos esperaba siempre.
Amargamente amargo, lo entendía todo.
Cerraba los ojos, suplicaba inquieto por nosotros con los ojos sellados y los labios prietos.
Dios no se desentendía. Lo entendía todo.
Dios nos quería libres. Nos quería con el gusto de la vida en la boca. Nos quería con el amor a la vida en los ojos, en las manos, en los dientes.
Después ya hablaríamos. Ya hablaría Dios.
Ahora nos quería amantes, primarios, plenos.
Tenía todo el horror de la guerra, las guerras.
Le crecían las uñas como les pasa a los muertos.
Las uñas durísimas de los hombres de la Biblia.

PECES POR EL AIRE

Com fórem del cel exilat.

ANTONI CANALS

Todos los amores que digo han ido haciendo el amor,
son ahora el amor único. Todos los amores, las vidas,
todos los nombres que no he dicho, ya el amor sin nombre,
gloriosamente anónimo, amargamente anónimo,
si se quiere el amor asunto de su miseria,
de su consciente miseria, del gran incendio.
Nunca será un recuerdo plácido: será un empujón,
el pubis contra el pubis, un empujón afanoso.
El amor se ha hecho solemne, como un rito grave,
una formalidad. Miro, desde la altura
del día y el año aquel, adorables colinas,
cuerpos, nombres, días, furia. Toda la vida, amor,
hasta encontrar la forma suprema del amor,
oh tú que llenas los días como un vaso de agua clara
como si antes de encontrarnos no hubiera habido días,
como si antes de encontrarnos no hubiéramos existido.
Has abierto la ventana y observas la calle.
Desde donde escribo te miro, me gusta mirarte.
De lado, en la cama, sacas las cuentas del día,
resuelves un crucigrama, y duermes, duermes mucho
mientras te pienso, te invento, te recuerdo, te devuelvo,
llenas mis papeles como me has llenado la vida,
con una voluntad resplandeciente de vivir,
como un cántaro de agua de Nàquera o de Serra

o como un naranjo febril de Marxuquera.

LA MUERTE INVICTA

TRAQUETEABAN los trenes, los miserables trenes,
cruzando entera la noche con sus muertos y ahogados,
con aquella luz amarillenta en cada ventana,
un estrépito de hierros, perdiendo listones;
los miserables trenes que cruzaban la noche,
las lomas de la guerra azuladas por la luna,
los muertos de la guerra desenterrados, deshechos,
el vientre petulante de la recién casada
entre tanta miseria, entre tanto estupor,
el ombligo gracioso, el vientre de seis meses,
todos los muertos de la guerra, todos los muertos de la tierra,
los miserables trenes que cargaban heridos,
los miserables trenes cruzando noche y grillos
con un crujir de hierros y un crujir de listones,
vendas ensangrentadas, pelos ensangrentados,
toda la noche rodaba el miserable tren
con las luces amarillas, sin aceite en las ruedas,
mudas lomas azuladas bajo la luna entera,
el vientre de seis meses, el hambre, el miedo, el horror.
Un silencio, el polvo, la amarga polvareda.
Volvían los cadáveres con los huesos podridos.
Traían las alpargatas destripadas, la sangre
en cuajos secos, y unas moscas, unas moscas gordísimas.

TAMBIÉN

Lo jorn ha por de perdre sa claror.

AUSIÀS MARCH

Yo también evoco Sunión, y Carles Riba me deja
compartir la nostalgia, una sal exaltada.
Tu cuerpo me hizo libre, o tú me hiciste libre.
Encima de nuestros cuerpos volaban sábanas,
volaban palomas en el cielo del atardecer.
¡Oh Sunión! Yo te evoco evocando aquellos días.
Era la libertad y era la plenitud,
y era la vida entera corriendo por las venas.
¡Oh Sunión! He vivido. Incorporado apenas
sobre tu alargada desnudez, en la azotea,
bebí a sorbos la brisa. Fuiste feliz, mirándome.
A veces recordamos aquellos días enormes.
Detrás, la ciudad, el extenso azul del mar.
Hombre ya simplemente, elementalmente hombre,
derramado sobre tu fresca elementalidad.
¡Oh ciudad, oh ciudad de los días humillados,
de la rosa corrompida en la boca inocente!
¡Oh días sin objeto y vida sin objeto,
horas arriba y abajo alternativamente,
el vino barato, el amor barato, la niebla densa!
Encima de nuestros cuerpos volaban sábanas,
las sábanas secadas por la brisa salada.
Uno junto al otro, y desnudos del todo,
tendidos en los azulejos de aquella azotea

—conejas, hilos de tender, tejas oxidadas—,
y encima de nosotros el cielo, el atardecer,
la gracia de las palomas que, sabias, volaban.
Lentamente hablábamos, entre largas pausas,
y cruzaba el atardecer, como un pez, un fulgor,
y evocábamos estanques, aljibes, mirando el cielo,
y habíamos recobrado el adorable impudor
desde donde ver, completo, el esplendor de Sunión,
la plenitud ansiada, la libertad, la vida.
Desbordaban los versos los cajones, salían
del cuarto y caían como el agua por los peldaños.
Hombres de orden se paraban, asombrados.
Se les apagaba el puro y no tenían fuego.
Un grito de gol colmaba el cielo del domingo.

PROPIEDADES DE LA PENA

Las palabras inconscientes
que una ternura te dictó,
¿dónde están? A veces las dices,
y las dices con añoranza.
Formaste una familia.
Tenías un deseo de patria,
no solo el deseo de un cuerpo.
Una voluntad fundadora,
una intensa civilidad
instauraste en el principio:
un vecindario, un piso humilde,
la mesa puesta, la cama hecha.
Ahora ves crecer a los hijos
y se te impone una conciencia,
la palabra grave y precisa,
sentimiento de comunidad.
Este texto no es didáctico:
es, más bien, un poema de amor,
el poema de tu amor,
el poema de todo el amor.
Los vecinos y la ciudad
y la casa y los hijos que crecen,
el jornal diario que te ganas.
No cantes ahora. No hace falta.
Desde la azotea contemplas
las avenidas, la ciudad,
el curso lento, ilustre, del río.
Al otro lado ves el mar.

ASUMIRÁS la voz de un pueblo,
y será la voz de tu pueblo,
y ya serás, por siempre, pueblo,
y sufrirás, y esperarás,
y marcharás entre el polvo,
te seguirá una polvareda.
Y tendrás hambre y tendrás sed,
no podrás escribir poemas
y callarás la noche entera
mientras duermen tus gentes,
y solo tú estarás despierto,
solo tú despierto por todos.
No te han parido para dormir:
te parieron para velar
la larga noche de tu pueblo.
Tú serás la palabra viva,
la palabra viva y amarga.
Ya no existirán las palabras,
sino el hombre con la pena
de su pueblo, y es un silencio.
Dejarás de contar sílabas,
de anudarte la corbata:
serás un pueblo, caminando
entre una amarga polvareda,
vida arriba y naciones arriba,
una elogiada condición.
Mas no todo será silencio,
pues dirás la palabra justa,
la dirás en el punto justo.
Nunca más dirás tu palabra
con voluntad de antología,

pues la dirás honestamente,
airadamente, sin pensar
en ninguna posteridad
como no sea la de tu pueblo.
Puede que te maten, puede que
se rían, tal vez te delaten;
todo eso son banalidades.
Lo más valioso es la conciencia
de que no es nada quien no es pueblo.
Y tú, solemne, has escogido.
Después de tu silencio estricto,
caminas decididamente.

No ocultarás tu amor;
lo servirás honesto
y será tu conducta
alegría y firmeza.
Tú te respetarás
para ser respetado,
y respetarás a todos,
a su paz, a su pena.
Esquivarás la pena
y aprovecharás la paz.
Dios existirá en todo;
y la existencia de Dios
la reconocerás en todo,
y en todo lo bendecirás
y todo lo harás por Él,
con entrega, en silencio,
sin esperar recompensa,
pues la recompensa la tienes:
Dios está entre tus cosas,
está en todas las cosas,
como el sentido de la patria,
el sentido de comunidad.
No es mejor ni peor el tiempo,
pues cada tiempo es tiempo de amor,
de una plácida convivencia
de sentimientos y personas,
de familias y trabajo.
Cada tiempo es el mismo tiempo,
pues no hay más que un solo tiempo,
un tiempo de amor y trabajo,
de contribuir, entre todos,

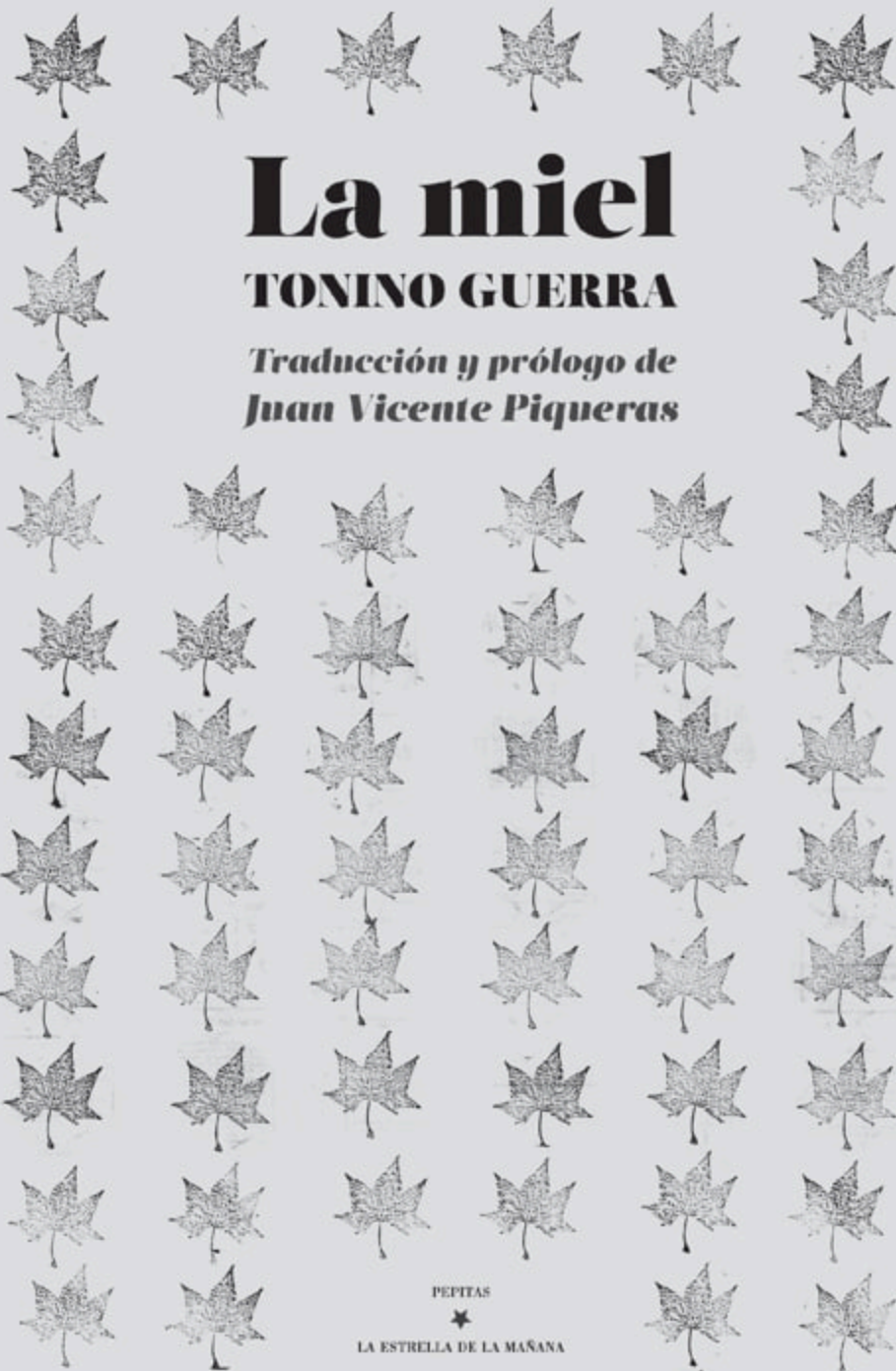
cada uno en lo que haga,
a establecer un orden,
construir un edificio,
eso que veremos, felices,
si Dios quiere, fuera del tiempo.
No hay tiempo mejor ni peor,
solamente existe el tiempo,
y no nos justifica el tiempo;
nos toca justificar el tiempo.
En el tiempo nacemos y morimos,
y asumimos todo el tiempo,
y asumimos cada tiempo,
como hicieron nuestros padres,
como han de hacer nuestros hijos.
Cada tiempo es el mismo tiempo,
todas las vidas suman la vida.
Hagamos el tiempo y no al revés,
pues el tiempo nos hace y deshace,
y hemos de ser a través del tiempo.
Nosotros podemos hacer el tiempo,
la construcción del edificio.
Perforando la noche del tiempo,
como si la noche fuera mina,
oscura y tenazmente,
ojalá nos podamos sentar,
las manos sucias de trabajar,
a fumar y hablar de la patria,
la patria sólida en el tiempo.

«*Vientos de salmos...*».

LEÓN FELIPE

PUES el ejemplo es lo que vale,
y debes ser ejemplar en todo,
ejemplar a cada momento,
vete olvidándote de ti,
sé cada uno de los tuyos,
y asume su pena,
y asume su furia,
y así serás íntegramente,
a ojos de Dios y los hombres,
y serás pueblo por siempre.
Pena unánime, furia unánime,
así nacieron los salmos.
Viene un tiempo de salmos.
Solo perduran los salmos
cruzando siglos y países.
Únicamente el salmo perdura,
y en el salmo estás en casa.
Contra el luto y la injusticia,
contra la roña y la tristeza,
y contra la incivilidad,
toma el salmo y entónalo,
pues viene un tiempo de salmos.
No hay mejor arma que el salmo:
derriba y levanta muros,
hace y deshace ciudades.
La esperanza anida en el salmo.

MÁS LIBROS:
www.pepitas.net



La miel

TONINO GUERRA

*Traducción y prólogo de
Juan Vicente Piqueras*

PEPITAS



LA ESTRELLA DE LA MAÑANA

ÍNDICE

Prólogo. *La voz de la memoria*. Por Paco Cerdà

TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA FLOR NATURAL

I

No escribo églogas
Las cañas al borde de la acequia
Mañana será una canción
Un amor, unas calles
Los amantes
Vida, sino

II

Testamento mural
Ardía el cielo como una viña
Crónica especial
La estampita
Crimen
Reportaje
Flérida (1)
Spill, o Llibre de les dones

III

Tierra
Postal

Silencio
Árboles de polvo
Cuerpo mortal
No me acuerdo
Eso
Canto de Vicent
Cultura
Tiempo

IV
La cosecha

V
Un agua sucia y triste
Todavía
Amigo
Aquí
De un año
Días
Por ejemplo
Flérída (2)

VI
El grito en la noche
Vítor
Cruzando la noche
Documentales
Epistolario 1945
Fundaciones de la rabia
Las cosas
Show
El oficio

El vino
Todo lo que perdura
Peces por el aire
La muerte invicta

VII
También

PROPIEDADES DE LA PENA